



Domingo II de Cuaresma: Aprender a escuchar.

LECTURAS

Lectura del libro del Génesis 22, 1-2. 9-13. 15-18

En aquel tiempo Dios puso a prueba a Abrahán llamándole:
-¡Abrahán!

El respondió:
-Aquí me tienes.

Dios le dijo:
-Toma a tu hijo único, al que quieres, a Isaac, y vete al país de Moria y ofrécemelo allí en sacrificio, sobre uno de los montes que yo te indicaré.

Cuando llegaron al sitio que le había dicho Dios, Abrahán levantó allí un altar y apiló la leña, luego ató a su hijo Isaac y lo puso sobre el altar, encima de la leña. Entonces Abrahán tomó el cuchillo para degollar a su hijo; pero el ángel del Señor gritó desde el cielo:
-¡Abrahán, Abrahán!

El contestó:
-Aquí me tienes.

Dios le ordenó:
-No alargues la mano contra tu hijo ni le hagas nada. Ahora sé que temes a Dios, porque no te has reservado a tu hijo, tu único hijo.

Abrahán levantó los ojos y vio un carnero enredado por los cuernos en la maleza. Se acercó, tomó el carnero y lo ofreció en sacrificio en lugar de su hijo.

El ángel del Señor volvió a gritar a Abrahán desde el cielo:
-Juro por mí mismo -oráculo del Señor-: Por haber hecho eso, por no haberte reservado tu hijo, tu hijo único, te bendeciré, multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo y como la arena de la playa. Tus descendientes conquistarán las puertas de las ciudades enemigas. Todos los pueblos del mundo se bendecirán con tu descendencia, porque me has obedecido.

Palabra de Dios

SALMO Sal 115, 10 y 15. 16-17. 18-19 (R.: 114, 9)

R/. Caminaré en presencia del Señor,
en el país de la vida.

Tenía fe, aun cuando dije:
«Qué desgraciado soy.»
Mucho le cuesta al Señor
la muerte de sus fieles. **R/.**

Señor, yo soy tu siervo,
siervo tuyo, hijo de tu esclava:
rompiste mis cadenas.
-Te ofreceré un sacrificio de alabanza,
invocando tu nombre, Señor. **R/.**

Cumpliré al Señor mis votos,
en presencia de todo el pueblo;
en el atrio de la casa del Señor,
en medio de ti, Jerusalén. **R/.**



Domingo II de Cuaresma: Aprender a escuchar.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los cristianos de Roma 8, 31b-34

Hermanos:

Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿no nos concederá con él toda clase de favores?

¿Quién podrá acusar a los elegidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién se atreverá a condenarlos? ¿Será acaso Jesucristo, el que murió, más aún, el que resucitó, y está a la derecha de Dios e intercede por nosotros?

Palabra de Dios

+ Lectura del santo Evangelio según san Marcos 9, 2-10

En aquel tiempo Jesús se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan, subió con ellos solos a una montaña alta, y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo.

Se les aparecieron Elías y Moisés conversando con Jesús. Entonces Pedro tomó la palabra y le dijo a Jesús:

-Maestro. ¡Qué bien se está aquí! Vamos a hacer tres chozas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

Estaban asustados y no sabía lo que decía.

Se formó una nube que los cubrió y salió una voz de la nube:

-Este es mi Hijo amado; escuchadlo.

De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús solo con ellos.

Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: No contéis a nadie lo que habéis visto hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos.

Esto se les quedó grabado y discutían qué querría decir aquello de resucitar de entre los muertos.

Palabra del Señor



HOMILÍA

Homilía 1

Si tuviésemos que resaltar una palabra del evangelio de la transfiguración, tal vez esa palabra sería "escuchad". Tal vez por eso, me acordé de un chiste bastante gracioso que escuché hace tiempo que contaba que un general llegó y le dijo al coronel: «Coronel, mañana tendrá lugar un eclipse de sol. Por tanto, los soldados deberán estar en formación en el patio del cuartel para ver este extraño fenómeno que no acontece todos los días. Si llueve, cosa poco probable, se quedarán dentro de la compañía»

El coronel fue a ver al capitán y le dijo: «Por orden del general, mañana tendrá lugar un eclipse de sol. Si llueve, cosa poco probable, los soldados se quedarán en el patio del cuartel para contemplar este fenómeno que no ocurre todos los días. En caso contrario, se quedarán dentro de la compañía.»

El capitán fue al teniente y le dijo: «Mañana el general va a eclipsarse en el patio del cuartel. Para ver este fenómeno tan extraño que no acontece todos los días, los soldados formarán dentro de la compañía. Si llueve, cosa poco frecuente, lo verán desde el patio del cuartel»

El teniente dijo a los soldados: «Mañana todos los soldados tienen que eclipsarse en el patio del cuartel, cosa que no acontece todos los días. Para ver este fenómeno tan extraño el general ordenará que llueva dentro de la compañía»

Después de escuchar esto, los soldados comentaron entre ellos todo preocupados: «¡Eh! ¡Tenemos que hacer alguna cosa para no eclipsarnos mañana! ¡Si no, el general va a mojarse dentro de la compañía!»

Tal vez lo que nos ocurre a muchos cristianos es algo parecido a lo que ocurrió a los personajes de este chiste. Escuchamos un día la Buena Noticia de Jesús, pero después de tantos años quizá deberíamos preguntarnos si el evangelio que hemos hecho propio es el auténtico evangelio de Jesús. Esta pregunta está justificada porque, de hecho, si escuchamos a varios cristianos hablar sobre Dios, la Iglesia... resulta que salen versiones de lo más variopintas. Y al final cabe preguntarse: ¿qué versión es la correcta? ¿Todas o ninguna?

Cuando la voz del Padre se dejó oír aquel día y pronunció la palabra: "Escuchad", es posible que lo que nos quería decir es que nos dejásemos de interpretar el evangelio para salirnos con la nuestras; que nos dejásemos de coger del evangelio lo que nos interesa y dejásemos lo que nos incomoda; que dejásemos de vivir una fe construida desde nuestra ideas, en vez de vivir una fe como Jesús predicó.

Esto no es fácil. Los mismos discípulos en muchas ocasiones oían a Jesús una cosa y hacían otra: cuando Jesús decía que había que ser humildes, que los últimos serían los primeros, ellos se preocupaban en seguida por descubrir quién era el más importante; cuando les hablaba de la cruz, ellos intentaba convencer al maestro de que aquella idea era una locura...

También esto nos ocurre a nosotros. También nosotros, como los protagonistas de la historia, escuchamos una cosa y después desvirtuamos lo que hemos recibido. Por eso hoy la palabra "escuchad" debe tener un sentido especial. Escucharle sólo a él. Porque, desgraciadamente, no es sólo a él a quien escuchamos...

Homilía 2

En este segundo domingo de Cuaresma la liturgia nos invita a meditar el misterio de la Transfiguración de Jesús. En la soledad del monte Tabor, presentes Pedro, Santiago y Juan, únicos testigos privilegiados de ese acontecimiento, Jesús es revestido, también exteriormente, de la gloria de Hijo de Dios, que le pertenece. Su rostro se vuelve luminoso; sus vestidos, brillantes. Aparecen Moisés y Elías, que conversan con él sobre el cumplimiento de su misión terrena, destinada a concluirse en Jerusalén con su muerte en la cruz y con su resurrección. En la Transfiguración se hace visible por un momento la luz divina que se revelará plenamente en el misterio pascual.

La transfiguración del Señor es un acontecimiento clave, no sólo en la misión salvadora de Jesús que el Padre le ha confiado, sino también por la experiencia de fe de los discípulos, que caminan con él hacia la



Domingo II de Cuaresma: Aprender a escuchar.

misma meta, y de toda la comunidad de los creyentes que peregrinan hacia la Pascua eterna. Así, pues, Jesús está de camino hacia Jerusalén, donde deberá "sufrir mucho y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser atado y resucitar a los tres días" Allí se cumplirán las antiguas profecías que habían anunciado la venida del Mesías, no como poderoso dominador o agitador político, sino como servidor de Dios y de los hombres, que sufrirá la persecución, el dolor y la muerte.

Al reflexionar sobre este misterio, el Papa Juan Pablo II nos dice que Jesús tiene delante una meta difícil, hacia la que lo impulsa la voluntad de Dios y lo orienta su vocación de "Siervo", y predice su conclusión, que será al mismo tiempo trágica y gloriosa. Su humanidad, para superar la prueba, tiene que ser "confirmada" por el amor poderoso del Padre y confortada por la solidaridad de los discípulos que caminan a su lado.

Y así guía a los apóstoles hacia la comprensión de lo que está a punto de cumplirse, de manera que se conviertan en sus "compañeros" en el camino que deberá recorrer hasta sus últimas consecuencias.

En este camino hacia la cruz hay una pausa. Jesús sube al monte con sus discípulos más fieles: Pedro, Santiago y Juan. Allí, durante breves instantes, les hace entrever su destino final: la gloriosa resurrección. Pero les anticipa igualmente que antes es necesario seguirlo a lo largo del camino de la pasión y de la cruz.

El Papa nos dice que la "palabra de la cruz" debe transformar nuestras vidas, viviendo el tiempo favorable de la Cuaresma, como momento intenso de ese camino de fe y renovación.

Es muy importante que el itinerario espiritual caracterice de manera imborrable la existencia de fe personal. Sólo si pasamos a través de la muerte, podremos llegar al triunfo de la resurrección.

No cabe duda alguna de que el camino es arduo. Exige responsabilidad, valor y renuncia para poder hacer de la propia vida, siguiendo el ejemplo de Cristo, un "don" de amor al Padre y a los hermanos. Sólo de esta manera uno puede llegar a ser capaz, merced al poder de Espíritu, de anunciar el "evangelio de la cruz" y de realizar la "nueva evangelización" que tiene su centro y su marco en Cristo crucificado y resucitado.

El anuncio que llevan los discípulos es exigente, difícil de comprender y, sobre todo, de acoger y vivir. Pero ellos no están solos; están en comunión entre sí y con Cristo, que murió y resucitó y que ahora, a la diestra del Padre, intercede por ellos.

¡Esta certidumbre, fundada en la fe, nos consuela en medio de las dificultades, al tiempo que nos impulsa, a esperar contra toda esperanza!

Precisamente para que esta esperanza no desaparezca, sino que crezca día tras día es indispensable subir con Jesús al monte y permanecer en su compañía; esto es, estar más atentos a la voz de Dios y dejarse envolver y transformar por el Espíritu. En otras palabras, ¿es necesaria la experiencia de la contemplación y de la oración! "La oración es un sumo bien. Es una comunión íntima con Dios. Así como los ojos del cuerpo al ver la luz se iluminan, así también el alma que tiende hacia Dios es iluminada por la luz inefable de la oración"

No se trata de buscar la evasión frente a las dificultades de la vida diaria, sino el goce de la familiaridad con Dios. De esta forma, es posible volver después con renovado vigor al camino fatigoso de la cruz, que conduce a la resurrección.

Pidamos hoy al Señor que nos ayude a "transfigurarnos",... a transformar y a mejorar vuestras vidas a luz de su gracia,... a caminar juntos en presencia del Señor y ser fieles a Cristo, no sólo en este tiempo de Cuaresma del año del Jubileo, sino también durante toda vuestra vida.



Domingo II de Cuaresma: Aprender a escuchar.

Homilía 3

¿Has tenido alguna vez en tus manos un diamante o una perla preciosa? Brilla por todas las partes por donde la mires. Pues así es el Evangelio de este domingo. Podríamos mirarlo desde muchísimos ángulos y descubriríamos una belleza y un brillo muy singular en cualquier dirección. Pero hoy tenemos que contentarnos con una sola mirada.

La semana pasada meditábamos en la realidad del desierto como imagen y camino de la vida cristiana. Hoy, el Evangelio nos ofrece un escenario distinto, pero que es como otro símbolo paradigmático de nuestro itinerario cuaresmal: la montaña.

En el lenguaje bíblico y espiritual, la montaña, al igual que el desierto, es un lugar privilegiado para la oración y para el encuentro personal con Dios. El Sinaí, el Horeb, el Tabor son nombres de las montañas más sagradas que nos recuerda la Biblia. En ellas tuvieron lugar acontecimientos decisivos del diálogo de Dios con los hombres. Eventos de alianza, de salvación, de revelación divina y de redención.

En el Antiguo Testamento, el pueblo de Israel ofrecía sacrificios a Yahvéh en la cima de las montañas: Abraham, en la tierra de Moriáh, sube a un monte para ofrecer a Dios en sacrificio a su hijo Isaac; el Horeb es el lugar elegido por Dios para manifestarse a Moisés y luego también a Elías; en el monte Garizín los israelitas solían adorar y elevar oraciones al Señor. Los mismos paganos preferían los picachos y las cumbres de los montes para ofrecer allí el incienso a sus dioses. Y en nuestras culturas americanas nos basta sólo recordar ciudades sagradas como Machu-Pichu o Tajín, o las elevadas cumbres de las pirámides para comprobar su predilección por los lugares altos para sus sacrificios. Lo mismo sucede en la espiritualidad cristiana oriental y occidental de todos los tiempos: sobre las montañas se yerguen grandes monasterios, abadías, templos, ermitas y santuarios: Subiaco, Montecassino, el monte Athos, el monte Carmelo, el cerro del Cubilete, el Cristo del Corcovado y una infinidad más de lugares santos.

Jesucristo nuestro Señor también solía ir al monte a orar, en donde pasaba noches enteras a solas con su Padre. Quiso escoger un monte para anunciar la carta magna de su Evangelio: las bienaventuranzas; en el monte de los Olivos sufrió aquellas horas terribles de su agonía, y en la cima de un pequeño montículo derramó la última gota de su sangre para redimirnos: el Calvario. Y, una vez resucitado, escogió también un monte, en Galilea, para despedirse de sus discípulos antes de ascender al cielo.

La montaña, al igual que el desierto, es un lugar de silencio, de soledad, de apartamiento del mundo y de las cosas de la tierra. Exige un esfuerzo fatigoso de “subida” hacia Dios. Allí arriba se está más cerca del cielo. Quizá por eso nuestro Señor quiso escoger también una montaña para realizar los eventos maravillosos de su transfiguración: el Tabor.

Jesús sube con Pedro, Santiago y Juan a la cima de la montaña. Y allí –nos dice el Evangelio– “se transfiguró delante de ellos”. ¡Quién pudiera haber estado en ese momento con Cristo! ¿Qué fue lo que vieron, lo que experimentaron, lo que oyeron esos tres discípulos predilectos en esos momentos dichosos? ¡Fueron testigos presenciales de la gloria de Dios! Sí. Vieron a Cristo en todo el resplandor y en la belleza de su divinidad. Por unos instantes Jesús dejó brillar toda la pureza y hermosura de su condición de Hijo de Dios. Como hombre, siempre mantuvo oculta su divinidad. Ahora es como si dejara “explotar” toda su gloria de Dios por unos segundos. No hay palabras para expresarlo. Era mucho más que un éxtasis o cualquier otra revelación. Era un arrebató momentáneo al cielo. Era... ¡el paraíso en la tierra! Por eso Pedro no se contiene y, extasiado: “Maestro –exclama– ¡qué bien se está aquí!”. Y quiere de pronto hacer tres tiendas, para quedarse para siempre en ese lugar bienaventurado.

“Y enseguida se les aparecieron Moisés y Elías conversando con Jesús”. Los representantes máximos de la Ley y los Profetas se presentan al lado de Cristo, en quien toda la revelación divina llega a su culmen y a su perfección. Ellos, los más grandes del pueblo elegido, vienen a rendir veneración a Cristo y a dar testimonio de Él como Mesías e Hijo de Dios.

Pero, ¿sabemos de qué hablaban? Sí. De la muerte de Cristo, que tendría lugar en Jerusalén. En medio de su gloria, habla Cristo de su muerte en la cruz. Ésa sería su “glorificación”. ¡Paradojas divinas! Y en medio de la visión se deja oír la voz del Padre: “Éste es mi Hijo amado; escúchenlo”.



Domingo II de Cuaresma: Aprender a escuchar.

Imposible comentar en espacio tan escaso algo tan sublime. Pero al menos quedémonos con este mensaje: en esta Cuaresma Jesús nos invita a subir con Él a la montaña para encontrarnos a solas con Él y para descubrirnos los secretos inefables del misterio y de la gloria de su divinidad. Pero se necesita hacer silencio en el alma para entrar en oración y escuchar la voz de Dios. Y necesitamos también “subir” y dejar abajo las cosas de la tierra: el egoísmo, la vanidad, la sensualidad, nuestros propios vicios y pasiones; en una palabra, todo aquello que nos estorba para ir hacia Dios. Todo esto es parte imprescindible del camino cuaresmal. Sólo dejando el peso insostenible del pecado podemos subir. Y, una vez arriba, en la montaña, contemplaremos el rostro bendito de Cristo y escucharemos la voz del Padre, que nos invita a seguir a su Hijo. ¿Por cuál camino? Por el de la cruz. No hay gloria si no viene precedida antes por la pasión y la muerte. Sólo así, muriendo al hombre viejo y pecador que hay en nosotros, tendremos vida eterna. Por la cruz llegaremos a la resurrección.



RECURSOS

Nexo entre las lecturas

El amor, sea de Dios al hombre, sea del hombre a Dios, compendia la liturgia de hoy. El amor de Dios a los discípulos que, después del primer anuncio de la pasión, les revela el esplendor de su divinidad (Evangelio). Amor misterioso, paradójico, de Dios a Abraham, al infundirle una absoluta confianza en su providencia, frente al mandato de sacrificar a su hijo Isaac (primera lectura). Amor de Dios que no perdonó a su propio Hijo, antes bien lo entregó a la muerte por todos nosotros (segunda lectura). Amor, por otra parte, de Abraham a Dios, al estar dispuesto a sacrificar a su hijo único en obediencia amorosa (primera lectura). Amor de los discípulos en la disponibilidad para obedecer al Padre que les dice: Éste es mi Hijo muy amado. Escuchadlo (Evangelio). Amor de Jesús que nos salvó mediante su muerte e intercede por nosotros desde su trono a la derecha de Dios (segunda lectura).

Mensaje doctrinal

1. Las paradojas del amor. Dios es un misterio infinito. Su modo de actuar y de amar está también lleno de misterio. Los misterios para nuestra mente y para nuestra lógica humana resultan ininteligibles. Sólo el corazón puede entreabrir la puerta del misterio y vislumbrar una mínima parte de su sobrecogedora grandeza. En efecto, a la lógica humana resulta paradójico que Dios haya dado un hijo a Abraham, única esperanza de la promesa que Dios le ha hecho, para que luego le pida sacrificarlo sobre el monte Moria. Como nos parece igualmente paradójico que Dios ame a su Hijo Jesucristo con un amor de Padre y luego le pida sufrir la máxima ignominia de los hombres muriendo en una cruz como un esclavo. Y no es menos paradójico el que el hombre haya recibido la salvación de Jesucristo y luego se encuentre en el afán de cada día con tremendas fuerzas hostiles que le hacen dudar de dicha salvación. No deja, sin embargo, de ser verdad que Dios supera las paradojas y une los extremos aparentemente contradictorios con lazos inseparables de amor. No es que Dios ame menos en un caso que en otro. Más bien habrá que decir que su amor es diferente. El hombre, por su parte, no tratará de racionalizar los caminos de la actuación divina, pues fracasará siempre con toda seguridad, sino más bien de dilatar el corazón y buscar "entender" con el amor, pues 'el corazón tiene sus razones que la razón no comprende', (Pascal), tanto si se trata del hombre como si se trata de Dios.

2. Tres formas de amar. En las relaciones humanas el amor adopta infinitas formas. En las relaciones entre el hombre y Dios sucede lo mismo. La liturgia de hoy nos presenta tres de estas formas de expresar el amor.

A) Ver. Sobre el monte Moria "Dios pro-vee" y de esta manera manifiesta su amor a Abraham. Por su parte, Abraham "vio" un carnero enredado en un matorral y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo. Así mostró su amor agradecido al Señor. En el texto evangélico, Pedro, Santiago y Juan vieron a Jesús transfigurado con el esplendor de la divinidad y por los ojos les prendió el deseo de morar allí contemplando y gozando amorosamente de esa experiencia inefable. Los ojos son las ventanas del amor: por ellos entra el amor como el rayo de luz por el cristal, y por los ojos pasa transparente y luminoso el rayo del amor desde el corazón hacia el exterior para incidir en la persona amada. Esto que acontece con el amor humano, sucede por igual en las relaciones de amor entre el hombre y Dios.

B) Escuchar. Es dulce al oído escuchar la voz de la persona amada. Por eso, Abraham que ama a Dios, escucha su voz que le llama y enseguida responde: "Aquí estoy", en un gesto de disponibilidad desde el amor. Por eso, el Padre invita a los discípulos a escuchar a Jesús para que a través de sus palabras lleguen a sus oídos las revelaciones del amor hasta la locura de la cruz. Escuchar la voz del amado entraña una actitud de obediencia. De ahí que la auténtica obediencia cristiana coincida con la escucha de la voz divina, que pone en movimiento el deseo de hacer lo que quiera el amado.

C) Experimentar. Sólo cuando el amor baja al terreno de la experiencia vital es amor poderoso y eficaz. Un amor que no pase por la experiencia corre el peligro de degenerar en egoísmo, en abstracción, o en puro sentimentalismo. Abraham experimentó el amor fiel de Dios, por eso su amor permaneció enhiesto y firme en el momento de la prueba. Jesús experimentó el amor del Padre y el amor a los hombres, por eso pudo abrazar la cruz con decisión y libertad. Y a Pablo, que ha experimentado de modo fuerte el amor de Cristo, ¿quién le podrá separar de ese amor?



Sugerencias pastorales

1. Amor-dolor: una difícil relación. Amar a una persona cuanto todo va bien, cuando el amor parece vivir en una eterna primavera, cuando los frutos del amor son dulces, cuando la reciprocidad en el amor hace bella la vida y se mira el futuro con gozo y esperanza, es fácil y hasta agradable. Pero en las historias de amor, no todo ni siempre es así. En las reales historias de amor el dolor, el sufrimiento, la prueba, la incompreensión llaman de vez en cuando a la puerta de los amantes. Y se asoma al alma la tentación de dudar del amor, de ver en el dolor un destructor del amor, de sentir que el amor se va enfriando e incluso puede llegar a congelarse. ¿Por qué suceden estas cosas, si el dolor en los designios de Dios no es sino un rostro diferente del amor? ¿No hemos experimentado acaso que el dolor y la prueba son profundizadores del amor, fuerzas ingentes que purifican y potencian la capacidad de amar del corazón humano? El amor y el dolor son como los dos polos (positivo y negativo) necesarios para que se produzca energía psíquica y espiritual en el ser humano. ¿No nos dice la misma sabiduría de los hombres que una persona que no ha sufrido, ni ha sido probada, difícilmente llegará a ser persona madura? Me he puesto también a pensar ¿por qué el hombre de hoy mira con mal ojo al dolor y lo odia con tanta pasión? ¿No será porque se está enfriando entre los hombres el verdadero amor: a Dios, a los hombres, a la vida?

2. Miedo a escuchar. El hombre contemporáneo es quien sin duda ha escuchado y escucha más palabras en toda la historia desde sus orígenes. Muchas de esas palabras le halagan y las escucha con gusto. Otras le aburren, y entonces simplemente cierra el canal de comunicación o busca otra conversación más agradable. Hay palabras también que le causan miedo, a veces mucho miedo. Palabras de los papás que no transigen con sus caprichos, palabras de los educadores que requieren atención y reflexión, palabras de las leyes que ordenan la convivencia humana, palabras de la Iglesia que enseñan el sentido de la vida, transmiten los valores humanos y cristianos, ponen delante de nuestros ojos el destino de la existencia. Esas palabras no pocas veces despiertan el miedo que yacía agazapado en nuestra psiche. En verdad, no es miedo a las palabras, sino miedo a nosotros mismos, miedo a elevarnos al nivel de existencia que nos corresponde como seres humanos y como discípulos de Jesucristo. Esta cuaresma puede ser un "momento de Dios" para arrancarnos el miedo, todo miedo y cualquier miedo.